



1

Para una comprensión de los fundamentos metodológicos de la moderna historia estructural

Por Antonio EIRAS ROEL

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela. Es autor de libros entre los que cabe re-

cordar *Metodología de la Historia Moderna, Economía y Demografía, Las fuentes y los métodos, etc.*

CONSIDERACIONES PREVIAS

En el cuarto de siglo que ahora finaliza y que se inicia poco después de acabada la W. W. II, la ciencia histórica ha experimentado transformaciones probablemente más profundas que las que nunca había conocido. La mentalidad de los historiadores ha cambiado tan decisivamente desde 1950 —o poco antes— hasta hoy, que entre la copiosa producción historiográfica decimonónica y de la primera mitad de nuestro siglo muy pocas son las obras (al menos al nivel de las grandes colecciones o historias generales) que siguen satisfaciendo las necesidades del historiador o del profesor de historia de nuestro tiempo. Es cierto que al nivel de las monografías dedicadas al estudio particular de un problema, de una figura histórica, de un

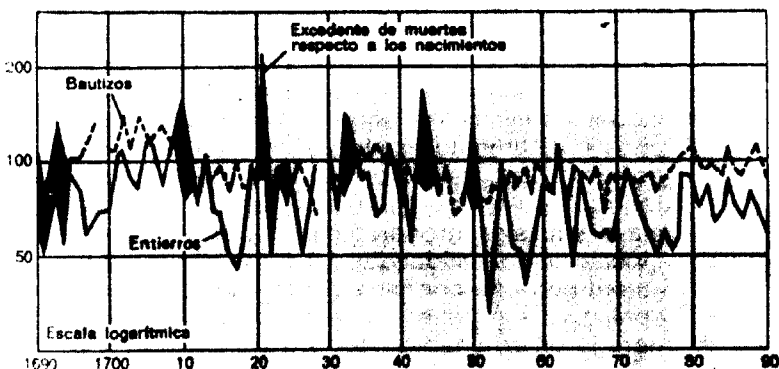
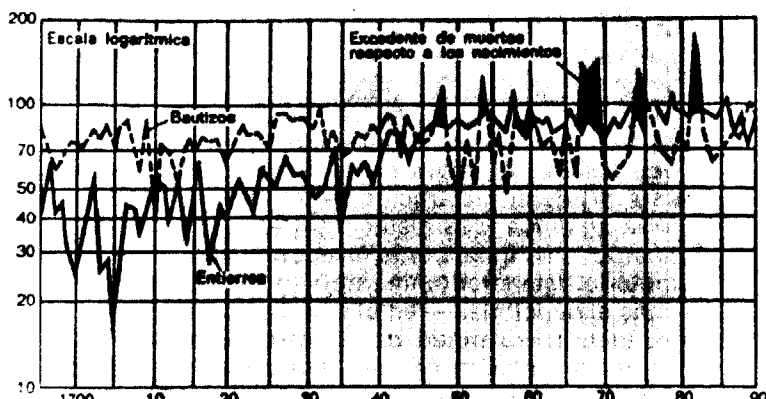
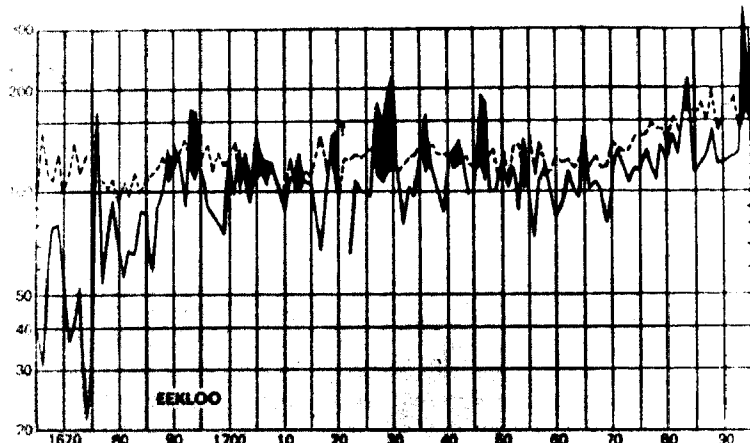
tema específico acotado en una dimensión espacio-temporal precisa, es todavía respetable el número de los *clásicos* siempre venerables: la *Esquisse*, de Labrousse; los *Caracteres originarios*, de Bloch; la *Edad Media*, de Pirenne; los *Paysans du Nord*, de Lefebvre; el *Mercantilismo*, de Heschcker; la *Revolución industrial*, de Ashton y la de Mantoux; la *Ética protestante*, de Weber; la *Religión y capitalismo*, de Tawney; el *Umanesimo*, de Toffanin; el *Otoño de la Edad Media*, de Huizinga; el *Rabelais*, de Febvre; la *Crisis*, de Hazard; los *Orígenes intelectuales*, de Mornet; el *Espíritu burgués*, de Groethuyssen; los *Catholics and Unbelievers*, de Palmer... sólo por indicar algunas cumbres dentro del horizonte histórico que me es más familiar. O, siempre dentro del mismo marco de referencia, por lo referente a la historia mo-

derna española, el *Tesoro americano*, de Hamilton, y *Guerra y precios*, del mismo autor; el *Enigma histórico*, de Sánchez Albornoz; el *Carlos V*, de Carande; el *Colón*, de Ballesteros; el *Erasmus*, de Bataillon; el *Las Casas*, de Giménez Fernández; la *Encomienda*, de Zavala... La reciente reedición de algunas de estas obras parece confirmar la perennidad de su interés... aunque no siempre sea éste un criterio distintivo muy seguro. Pero, aunque el número de estos hitos clásicos en la historiografía del pretérito sea relativamente considerable, no es menés cierto que emergen como islotes en un mar de conocimientos aún inexplorados o ya sujetos a revisión. Las grandes colecciones históricas de otros tiempos (el Lavissee, el Acton, el Glotz, el Veighth Valentin, el Halphen-Sagnac, la vieja Clio, el Ballesteros, el Soldevila, el Aguado Bleye, etc.) son para el historiador de hoy, a lo sumo, recursos de emergencia, jamás soluciones válidas. El historiador o el profesor de historia de nuestros días sabe muy bien que necesitan resolver sus problemas de información o de documentación recurriendo a una bibliografía que, en un porcentaje abrumador, lleva fecha posterior a 1950. Y esto no sólo por el intenso negocio editorial de nuestro tiempo, sino por razones más profundas. No sólo nuevos campos cada día inéditos del conocimiento histórico, sino los mismos temas de antaño (la Reforma, las Comunidades) son ahora reelaborados con unas nuevas perspectivas. Porque lo esencial no es que la historiografía de la última posguerra haya sumado nuevos títulos, sino el que haya aportado —tras la huella de insignes precursores que marcaron el camino a seguir— una nueva doctrina y un nuevo sentido de la labor del historiador.

El cambio esencial, acreditado en poco más de cinco lustros, podemos describirlo como la transición de una vieja historia descriptiva y episódica a una nueva historia analítica y estructural (1). ¿Historia «analítica» o, más bien, historia de «síntesis»? No quiero que se me reproche una contradicción de entrada, cuando sabemos, por un lado, que los mejores historiadores actuales cifran en el plano de la síntesis la realización del ideal de la historia «total», la aspiración a una historia integradora de todas las dimensiones esenciales de una época histórica o de una fase de civilización (2); y cuando es cierto, por otro lado, que la historia estruc-

(1) Obviamente esto indica solamente las tendencias dominantes en la historiografía académica y científica. En rigor, una historia descriptiva sigue existiendo y probablemente existirá siempre, si bien como un estadio previo o anterior de la síntesis científica. Por lo demás, los pioneros de una historia analítica y estructural son bastante anteriores, como revelan los clásicos que acabo de mencionar. Baste con recordar que, entre las obras mencionadas, la de Lefebvre data de 1924, la de Bloch de 1931, la de Labrousse de 1932 y la de Pirenne de 1933.

(2) Este era ya el lema de Henri Berr, otro de los pioneros de la renovación, al fundar a principios de siglo la «Revue de Synthèse historique» y desde 1920 la famosa colección «La evolución de la humanidad». Vid. H. BERR: *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, Paris, 1921.



Fuente: F. Braudel, *Civilización material y capitalismo*. Ed. Labor. Barcelona, 1974; pags. 58-59.

Fig. 1. ANALISIS Y SÍNTESIS.—La idea de su complementariedad necesaria es uno de los logros de la historiografía científica, principalmente a partir de la última posguerra. Los análisis basados en monografías regionales (como las de M. Morineau sobre la localidad flamenca de Eekloo, de R. Baehrel sobre la localidad bajo-provenzal de Eyragues y de P. Goubert sobre el Beauvaisis) han contribuido a matizar y enriquecer la síntesis conceptual sobre el régimen demográfico de la Europa del xv. Mientras el análisis beauvaisino de Saint-Lambert (C), y hasta cierto punto también el testimonio flamenco de Eekloo (A), muestran hasta 1750 la perduración de un régimen demográfico tradicional, con frecuentes puntas de sobremortalidad, y su desaparición posterior, el testimonio de Eyragues (B) revela la persistencia de casos de tradicionalismo demográfico todavía en la segunda mitad del xviii. Las ideas esquemáticas adquirieron así a un tiempo contraste empírico y flexibilidad.

tural significa precisamente la más consciente pretensión de búsqueda de la suprema síntesis en esa historia «total». En rigor, no existe antinomia alguna: sin análisis científico previo, hablar de síntesis es mera palabrería; el análisis metódico o monográfico de los sectores o parcelas de la realidad global constituye un momento metodológico necesario de la síntesis. Bueno es recordarlo en estos tiempos proclives a un fácil ideologismo vuelto de espaldas a la experimentación: el único método histórico válido es el que se funda por analogía en el método empírico-inductivo, que asciende metódicamente del plano del análisis al de la síntesis generalizadora. Por lo demás, historia «analítica» no significa aquí la búsqueda minuciosa de los detalles, como a veces torcidamente suele entenderse, sino más bien, etimológicamente, labor conceptual de abstracción crítica para una descomposición de la realidad global y compleja en sus aspectos esenciales, tal como el término *análisis* es empleado hoy, por ejemplo, entre los especialistas del movimiento económico. Hecha esta prudente aclaración terminológica, la historia *analítica* y la historia *sintética* de nuestro tiempo son igualmente irreconciliables con la metodología predominante —aunque con muchas excepciones— en el historiador tradicional de la primera mitad de nuestro siglo: la vieja posición histórica en que el historiador, pasivo ante los textos, se limitaba a ligar entre sí hechos particulares para describir los acontecimientos y los cambios políticos o sociales y para valorar el papel decisivo del individuo creador sobre la masa y sobre el curso de la historia. La faena predilecta del historiador tradicional consistía en agrupar conjuntos de hechos críticamente establecidos para establecer entre ellos relaciones de coexistencia topográfico-temporal, relaciones de precedencia o sucesión cronológica o, a lo sumo, relaciones de causalidad (3). La participación de lo «científico» se confiaba a dos operaciones: la apelación a las «ciencias auxiliares» que servían para la determinación de los hechos (paleografía, crítica textual) y la determinación «genética» de las causas de los fenómenos (4).

Exponer y hacer ver cómo los hechos sucedieron en la realidad; agrupar los hechos en conjuntos de tal modo que los hechos mismos den razón de los hechos; atenerse a los resultados empíricos de las fuentes, cuidando de prescindir de toda aportación subjetiva del propio historiador; rechazar explícitamente toda pretensión de descubrir leyes históricas en cualquiera de sus formas, porque tal concepto es por definición inaplicable a un objeto concebido como esencialmente único y singular; defender en consecuencia que en la historia no cabe otra explicación que la que hace el historiador al narrar los acontecimientos o las vivencias de los personajes. Tal era la doctrina sobre la historia vigente en la primera mitad de nues-

tra centuria, basada en un complejo doctrinal de remotas fuentes teóricas, decimonónicas en su mayor parte: el realismo ingenuo de base rankiana; el culto a lo factual y textual de base positivista; la concepción prometeica y política de la realidad social de base liberal burguesa e idealista hegeliana; la limitación a lo singular e irreplicable de base neokantiana e historicista (5). Tanto en la práctica de los historiadores —con notables excepciones, es verdad— como en la doctrina de los tratadistas de la disciplina, esta concepción de la historia prevaleció casi hasta mediados de nuestro siglo (6). Bastaría con recordar como muestra los tratados tradicionales que formaron la mentalidad de los historiadores españoles hasta fechas muy recientes, en traducciones castellanas de obras de amplia difusión europea: el Langlois-Seignobos (7), el Bernheim (8), el Bauer (9), fundamentalmente. Los principios que exponen son, lógicamente, los vigentes en la historiogra-

(3) Las recetas para ese montaje de la historia, en CH. SEIGNOBOS: *El método histórico aplicado a las Ciencias Sociales*, Madrid, 1923. Con este método se imagina uno al historiador armando las piezas de un puzzle o de un mecano en el que las piezas han sido cambiadas por fichas de papel escrito.

(4) Sobre la «concepción vulgar de la causalidad» que padece realmente la historia genética, cf. R. ARON: *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Paris, Gallimard, 1938. Seignobos sería precisamente el ejemplar representativo de esta concepción, como ya hizo notar H. SEE: *Science et philosophie de l'Histoire*, Paris, 1933.

(5) Para una exposición más amplia de estos conceptos remito a mi reciente ensayo «La enseñanza de la Historia en la Universidad»; en *Once ensayos sobre la Historia*, de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero (Madrid, Rioduero, 1976, 247 págs.).

(6) L. FEBVRE: «Hacia otra historia» (1949). Recogido en el volumen *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970; selecciona trabajos doctrinales publicados por Febvre entre 1933 y 1935. La ed. francesa de esta obra (1953) se sitúa precisamente en el momento de la mutación. Hasta entonces, Febvre lamentaba que «los libros que se titulan *Introducción o Iniciación* a los estudios históricos reflejan todavía, muy a menudo, en 1940 el estado de la ciencia histórica hacia 1880». *Ibid.*

(7) C. V. LANGLOIS y CH. SEIGNOBOS: *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, Ed. Jorro, 1913; trad. castellana de Domingo Vaca; 1.ª ed. francesa 1898. Y asimismo, CH. SEIGNOBOS: *El método histórico aplicado a las Ciencias Sociales*, Madrid, Ed. Jorro, 1923; trad. D. Vaca; 1.ª ed. francesa 1901. El Langlois-Seignobos —irreprochable en este aspecto— está dedicado casi íntegramente a los requisitos de la crítica documental, la gran aportación del positivismo histórico: crítica de erudición, crítica de precedencia, crítica de sinceridad, crítica de exactitud. Sólo al final se mencionan las «operaciones sintéticas», que se reducen a la «agrupación de los hechos» para ordenarlos y ajustarlos entre sí como las piezas del mecano.

(8) E. BERNHEIM: *Introducción a los estudios históricos*, Barcelona, Labor, 1937; trad. de Pascual Galindo; 1.ª ed. alemana 1908. Su doctrina se resume en la investigación de acontecimientos singulares, «de los hechos singulares y de las grandes figuras», recogiendo la tradición de la escuela histórica alemana e incorporando también la preocupación singularizadora idealista-historicista.

(9) W. BAUER: *Introducción al estudio de la Historia*, Barcelona, Bosch, 1944; trad. L. García de Valdeavellano; 1.ª ed. alemana 1921. Notable corpus de erudición que recoge gran número de los escritos doctrinales hasta entonces conocidos, esta cualidad impone a la obra de Bauer un cierto tono ecléctico formal, aunque bajo el peso dominante de las concepciones historicistas y neokantianas propias de la Alemania de su tiempo. Bauer manifiesta su inclinación hacia los fenómenos singulares e irreplicables (pp. 38-40); su adscripción a la vigente doctrina de los valores como criterio selectivo de la investigación histórica ((pp. 34-37); su concepción de la historia política como obra exclusiva de las personalidades dirigentes (pp. 62-63), etc. Sobre esta base doctrinal clara, algunas huellas de la reciente influencia de la sociología weberiana marcan una apertura ecléctica de relativa novedad respecto a los tratadistas precedentes, como en su aceptación de los tipos históricos weberianos entendidos como «tipos individuales» (pp. 140-142).



Fuente: Historia del mundo moderno t. IV, pag. 265
Ed. Sopena Barcelona, 1974

Fig. 2. EL CULTO A LO FACTUAL.—La historiografía tradicional, selección de fenómenos que no se repiten en el espacio y en el tiempo e importantes por sus efectos posteriores (según la delimitación de W. Bauer) primo el interés del acontecimiento político en el que ciertamente se revelan mejor el carácter irrepetible y la influencia posterior. El óleo de Van der Helst representa el

banquete de la guardia civil para celebrar la paz de Munster (1648), que consagró definitivamente la independencia política y el predominio económico y comercial de Holanda. El acontecimiento político sirve de pretexto al artista para reflejar el confort y alegría de vivir de la acomodada burguesía holandesa.

tía de la época a nivel europeo, con su preferencia por lo individual y lo singular, el movimiento y el cambio: «Historia es la ciencia que trata de describir, de explicar y de comprender los fenómenos de la vida, en cuanto se trata de los cambios que lleva consigo la situación de los hombres en los distintos conjuntos sociales, seleccionando aquellos fenómenos desde el punto de vista de sus efectos sobre las épocas sucesivas o de la consideración de propiedades típicas y dirigiendo su atención principal sobre los cambios que no se repiten en el espacio y en el tiempo» (10). Una concepción hecha a la medida de la historia política y biográfica, pero en la que difícilmente puede hacerse encajar la historia de las civilizaciones y las mentalidades, las formas de propiedad o las condiciones del trabajo y muchas otras dimensiones de la vida histórica menos mutadizas (11). Por los mismos años en que estos tratados se traducían o se difundían en nuestro país, Ortega proclamaba aquí su explícita insatisfacción por el trabajo de los historiadores profesionales y la insuficiencia de sus ideas teóricas, en un prólogo famoso para una *Biblioteca de historiología* (1928). «El historiador nos parece manejar toscamente, con rudos dedos de labriego, la fina materia de la vida humana. Bajo un aparente rigor de método en lo que no importa, su pensamiento es impreciso y caprichoso en todo lo esencial... Nunca ha estado la conciencia culta más lejos de las obras propiamente históricas que ahora. Y es que la calidad inferior de éstas, en vez de atraer la curiosidad de los hombres, la

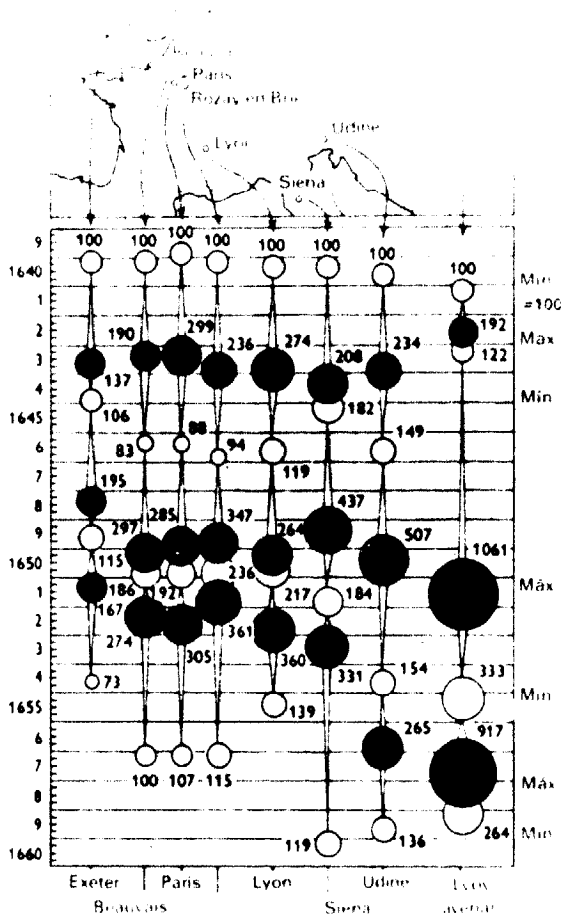
embotan con su tradicional pobreza. Indeliberadamente actúa en los estudiosos un terrible argumento *ad hominem* que no debe silenciarse: la falta de confianza en la inteligencia del gremio historiador. Se sospecha del tipo de hombre que fabrica esos eruditos productos: se cree, no sé si con justicia, que tienen almas retrasadas, almas de cronistas, que son burócratas adscritos a expedientear el pasado. En suma, mandarines» (12). Ciertamente es que Ortega exageraba al negar la existencia de clásicos de la historiografía, como hemos podido apreciar de entrada. Verdad es que sólo un año después de escritas estas palabras, los *Annales* (1929) convocaban a los historiadores a trabajar en hermandad con los geógrafos y otros científicos. Y tampoco hay que olvidar que sólo cinco años más tarde se publicaba en Francia una tesis revolucionaria por su concepción y por sus métodos, capaz por sí sola de devolver la confianza en la inteligencia del gremio historiador (13). Pero, si la entendemos como expresión

(10) Cf. BAUER, op. cit. 2, 1952, p. 38. Las frases que he subrayado nos sitúan dentro de las concepciones de la doctrina histórica tradicional; el resto puede atribuirse a ese relativo eclecticismo de Bauer.

(11) En esto se funda la severa crítica de Lucien Febvre a la *Historia de Rusia*, de Paul Miloukov (Paris, 1932), que merece ser reñida. In *Combates*, op. cit.

(12) ORTEGA: «La filosofía de la historia», de Hegel, y la «Historiología» (1928). Recogidos en el vol. *Kant, Hegel, Dilthey*, Madrid, Rev. Occid., 1958.

(13) E. LABROUSSE: *Esquisse du mouvement des prix des revenus en France au XVIII^e siècle*, Paris, Dalloz, 1933. Del mismo: *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution*, Paris, P. U. F., 1944. Existe una versión refundida de ambas obras en castellano: *Fluctuaciones económicas e Historia social*, Madrid, Tecnos, 1962.



Fuente: Historia del mundo moderno, t. IV, pag. 50. Ed. Sopena, Barcelona, 1974.

Fig. 3. UN CONCEPTO TIPOLOGICO. LA CRISIS DE SUBSISTENCIAS.—Crisis frumentaria europea de 1640-1660 (según F. Braudel y F. C. Spooner, «Cambridge Economic History of Europe», vol. IV, Cambridge, 1967). El movimiento de los precios se representa por un índice variable que toma como base 100 los precios de 1639. La crisis europea general de los años tristemente célebres en torno a la Frontera se percibe con caracteres y efectos analogos en otros momentos de la historia europea, como una constante de la economía preindustrial. Ello permite establecer empíricamente el concepto generalizador de crisis de subsistencias.

de conjunto de un estado de cosas, la sospecha de Ortega quizá no fuese del todo injusta.

La justicia exige recordar una vez más la existencia de precursores ilustres, algunos de los cuales ya han sido mencionados. Pero la renovación masiva de la historiografía no cobró cuerpo hasta poco antes de 1950, coincidiendo con una momentánea traslación del cetro historiográfico a las orillas del Sena; esta primacía gala durante más de un cuarto de siglo dura todavía, aunque esté llamada a acabar inexorablemente algún día —como ha recordado muy recientemente Pierre Chaunu— en razón precisamente del éxito y el arraigo que los métodos de la escuela francesa han logrado en otros países. ¿El final de su reinado está próximo, como parecen pretender algunos funestos presagios? Una cosa parece segura y es que la escuela histórica francesa no entregará sin lucha el baluarte a quienes se apresuran —demasiado— a

extenderle certificado de defunción: basta acercarse a ella para comprenderlo y para acreditar el número, el vigor y el dinamismo de sus jóvenes cohortes, la diversidad y madurez de sus centros universitarios regionales, el número y calidad de sus grandes tesis, su agilidad e imaginación para descubrir cada día nuevos campos de investigación histórica. En todo caso, el hecho es que desde hace al menos cinco lustros la escuela histórica francesa viene asumiendo —como ha reconocido un gran historiador inglés de nuestro tiempo— el papel directivo que en otro tiempo correspondió a la escuela histórica alemana. La transformación iniciada bajo la dirección conceptual de Marc Bloch (14) y Lucien Febvre (15) y la metodológica de Ernest Labrousse, proseguida en la posguerra bajo la dirección del duunvirato Labrousse-Braudel principalmente —sin olvidar a otros grandes maestros *en Sorbonne*—, alistó en los primeros años a una generación de historiadores de primera fila, difícilmente equiparable en país ni en época alguna por la profundidad de su formación, la originalidad de su trabajo y la riqueza de su número (los A. Piganiol, J. Meuvret, M. Bataillon, R. Mousnier, P. Vilar, P. Goubert, P. Chaunu, P. Leon, G. Duby, C. Carrière, H. Lapeyre, E. Le Roy Ladurie, F. Mauro, J. Le Goff, etc. etc.), a la que pronto se sumaría la rica y nutrida generación de los discípulos que hoy se encuentra en plena madurez. Esta labor renovadora se apoya en la crítica conceptual realizada en el periodo de entreguerras por Bloch y Febvre —anticipada antes ya por Berr y por Lacombe— y en la crítica metodológica iniciada por Simiand y por Labrousse, como revela la simple referencia cronológica de las obras aquí citadas. Pero una golondrina no hace verano y sólo desde la posguerra la tendencia que apuntaba se convierte en movimiento arrollador y poderoso, que se impone de fronteras adentro como de fronteras afuera; la personalidad aglutinante de Fernand Braudel ejerció un influjo decisivo sobre el movimiento y le ayudó a conquistar la atención de los historiadores de todo el mundo (16).

En este trabajo me propongo analizar las novedades primeras y principales que —entre otras— la escuela histórica francesa ha aportado a la nueva historia analítica y estructural del último largo cuarto de siglo y que me parece lícito sintetizar así: replanteamiento epistemológico de la disciplina, prioridad a las bases estructurales y geohistóricas, ampliación del concepto de hecho histórico y de tiempo histórico.

(14) M. BLOCH: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien* (Paris, 1949). Trad. castellana con el título de *Introducción a la Historia*, F. C. E., México, 1952.

(15) L. FEBVRE: *Combats* (Paris, 1953). *Pour une Histoire a part entière* (Paris, 1962).

(16) El IX C. I. C. H. celebrado en Paris en 1950 sirvió de antena difusora de los nuevos principios historiográficos de la escuela francesa. Un año antes se había publicado la *Mediterranee*, de Braudel, y por otro lado la *Apologie* póstuma de Bloch.

1. Replanteamiento epistemológico

Esta faceta fundamental y previa debe casi todo, en rigor, al aporte de precursores como Bloch y Febvre y a la colaboración de teóricos doctrinales que arrancan —aunque para revisarlos— de los planteamientos del pensamiento histórico alemán de corte clásico (17). El nudo gordiano que había que romper era el dogal asfixiante de la doctrina positivista con su supeditación del historiador al texto, que en nombre de una supuesta exigencia de objetividad inhibía las facultades intelectivas del historiador, erigiendo en virtud de la pèzeza mental (18). El giro copernicano consistió en reconocer la participación necesaria del intelecto agente del historiador en la construcción de su disciplina (Marrou: «La historia es inseparable del historiador»), la necesidad de una problemática previa y de un interrogatorio científicamente planeado y conducido en la interpretación del documento (Aron: «La teoría precede a la historia»), y la locuacidad relativa del documento en función de la riqueza conceptual y de la preparación metodológica del historiador que dirige la encuesta (Ricoeur: «El historiador instituye el documento»). Este giro no era sino un reflejo del previamente experimentado por la teoría de la ciencia física (Mach, Poincaré, Meyerson, Eddington, Heisenberg, etc.) al reconocer el carácter «fenomenológico» de toda construcción científica, la cual no puede ser mera observación o reproducción de su objeto —como en materia histórica postulaban el realismo ranciano y el positivismo—, sino construcción intelectual sobre el mismo (19). Al aceptarlo, la historia renunciaba a la pretensión ingenua de abarcar de una vez por todas y *subspecie aeterni* la realidad del pasado (Aron: «La realidad histórica es inagotable y equívoca») y reconocía en cambio el carácter fundamentalmente perspectivista y complementario de su conocimiento. ¿Carácter «fenomenológico» y «perspectivista» del conocimiento histórico? Sí, en el sentido orteguiano de este último vocablo: la realidad tiene su configuración intrínseca, pero ésta es sólo abarcable parcial o gradualmente desde la perspectiva mental del observador. Esta doctrina es eminentemente aplicable al conocimiento científico —más aún que al vulgar— y, por tanto, también al conocimiento histórico: sólo en función del grado de desarrollo de la historiografía de una época, de los condicionamientos mentales y sociales que rodean al historiador en el doble sentido individual y generacional y de la propia riqueza conceptual y formación metodológica y científica de cada generación de historiadores y de cada historiador en particular, el conocimiento histórico alcanza su progresivo desarrollo. Así comprendemos hoy, por ejemplo, que fue precisa la poderosa incitación del marxismo para que los historiadores de nuestro siglo —marxistas o no— prestasen la debida importancia a las di-

mensiones económicas y sociales de lo histórico; fue necesario el desarrollo conceptual de la demografía teórica y el interés palpitante de los problemas demográficos del Tercer Mundo para que surgiese la joven rama de la demografía histórica —convertida «desde hace diez años en el sector número 1, con mucho el más fecundo, de toda la investigación histórica», en palabras de Chaunu— (20); fueron precisos los prodigiosos adelantos científicos y técnicos de nuestro siglo para que brotase el interés de los historiadores por esa faceta capital de la actividad creadora humana que es la historia de las ciencias y de las técnicas.

Como todo conocimiento científico, la historia es igualmente conjunción de experiencia y teoría, de documentos y de «hipótesis» de trabajo, de datos empíricos y de conceptos clasificadores. En rigor podríamos hablar de tres modalidades diferentes de intervención del pensamiento teórico: postulados generales, hipótesis particulares o «secundarias» y conceptos clasificadores de la realidad empírica. Los postulados generales dimanar de la concepción del mundo —implícita o explícita— propia de cada historiador y son inevitables. Según la filosofía —o la teología— personal del historiador, primará el valor explicativo de unas u otras *fuerzas motoras* de la historia: el instinto económico, la voluntad de poder, el sentimiento religioso, los impulsos nacionalistas, el afán de notoriedad e inmortalidad, etc. ¿Puede negarse que tales estímulos actúan sobre los individuos? La cuestión es saber si operan igualmente sobre las colectividades humanas, como postulan las respectivas filosofías que los proclaman. Estos postulados generales pueden resultar parcialmente válidos para iluminar facetas particulares de la realidad; pero entrañan, a cambio, el riesgo de violentarla y reducirla, al erigir en única y absoluta la explicación particular y parcial. Mas, si bien estos postulados implícitos son inevitables —o bien son explícitamente declarados—, no es tan inevitable que devoren la objetividad histórica; pueden y deben estar controlados por los hábitos científicos del historiador, por el rigor de su metodología y, claro está,

(17) Entre otros, R. ARON y H. SEE, op. cit. nota 4. H. I. MARROU: *De la connaissance historique*, Paris, Seuil, 1954. P. RICOEUR: *Histoire et vérité*, Paris, Seuil, 1955.

(18) «La historia se hace con documentos... Nada suptle a los documentos, y donde no los hay, no hay historia.» C. V. LANGLOIS y CH. SEIGNOBOS, op. cit. (1898). «Para construir una ciencia, hay que partir no de nuestro ideal de la ciencia que deseáramos formar, sino de la realidad de los materiales de que podemos disponer... Sería contrario al método de toda historia empírica presuponer a ciertos fenómenos un carácter específico por razones a priori.» CH. SEIGNOBOS, op. cit. (1901).

(19) «Toda ciencia es constructiva y construcción es lo contrario de empirismo; por eso empirismo es lo más contrario que cabe del método.» ORTEGA: *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee*, Madrid, Rev. de Occid., 1960. Ya muchos años antes, y refiriéndose igualmente a la historia, había señalado Ortega que «el mero empirismo no es un método científico».

(20) P. CHAUNU: «Les dépassements de l'histoire quantitative.» *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VIII, 1972, p. 668.

(21) F. BRAUDEL: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, F. C. E. México, 1953, 2 vols.

por la exigible honestidad profesional. Bueno será, con todo, recordar que los riesgos deformantes son mayores cuando el historiador se emplaza en posiciones deterministas rígidas que cuando opera desde concepciones posibilistas o probabilistas más flexibles. En todo caso, más importantes que los postulados de base son en cada historiador las hipótesis parciales o «secundarias» que le asisten, explicaciones teóricas libres y no preformadas que aplica en cada caso al sector parcial de realidad que investiga y que pueden proceder de una triple fuente: la experiencia vital y cotidiana del historiador, que puede proporcionarle generalizaciones tácitas sobre la conducta y motivaciones de los hombres; las ideas científicas procedentes de áreas de conocimiento próximas a la historia como son las ciencias sociales y, sobre todo, las más importantes y frecuentes, las explicaciones que aporta la experiencia historiográfica de cada historiador, vale decir el conocimiento que posee de los resultados del trabajo de otros historiadores en campos afines al que investiga (historia comparada), aplicables en principio a su propio trabajo y que componen la herencia acumulativa del oficio de historiador, gracias a la cual cada uno puede profundizar más en su objeto que si tuviese que limitarse al caudal de su propia y limitada experiencia científica (Mandelbaum). De la riqueza y variedad de estas hipótesis secundarias —o, dicho de otro modo, del conocimiento que cada historiador posea de su especialidad— depende su eficacia explicativa y este componente fundamental del método histórico es justamente el que posibilita que historiadores de mundos diferentes, que parten de postulados doctrinales distintos e incluso antitéticos, aplicados al mismo campo de estudio, puedan no obstante apoyarse mutuamente en sus conocimientos: podríamos citar, entre otros ejemplos, el de la historiografía rural polaca y la francesa, bastante próximas en sus resultados. Con todo, conviene recordar que las hipótesis son sólo explicaciones «tentativas» de la realidad y que su imprescindible verificación no puede fundarse solamente en la «plausibilidad» interna de la misma hipótesis (evidencia «funcional» o de coherencia), sino que precisa ser sometida a la prueba de fuego de los hechos, demostrando una y otra vez su adecuación a los mismos y su capacidad de encajarlos (evidencia «acumulativa»). Por último, la reflexión epistemológica ha reconocido la necesaria intervención del concepto clasificador, la importante función reservada en la construcción del conocimiento histórico al empleo de conceptos generalizadores (universales, científicos o propiamente históricos), en cuya necesidad insisten actualmente de modo especial algunas corrientes historiográficas de tendencia *nomotética* o dirigida a perseguir el descubrimiento de fórmulas generalizadoras de aspectos concretos de la realidad histórica, lo cual es precisamente una de las más

prometedoras dimensiones de la nueva historia estructural. Tales conceptos generalizadores pueden revestir, a su vez, una triple modalidad: meros conceptos universales, al estilo de los famosos «predicados-conceptos» ya en su tiempo señalados por Croce; conceptos o modelos científicos formulados en el seno de las ciencias sociales próximas —conceptos económicos o sociológicos reconocidos como vigentes en aquellas disciplinas— de que el historiador puede hacer uso para encuadrar y clasificar la realidad empírica que estudia; y, por último —y a mi juicio más importante—, conceptos generales propiamente históricos, obtenidos por abstracción y generalización de caracteres comunes en el seno de la propia historia analítica —he aquí justamente uno de los sentidos precisos del término— y comparada, análogos a la fórmula del «tipo ideal» que ya en su tiempo defendió Max Weber, pero no necesariamente reducidos solamente a él. Desarrollar más ampliamente las posibilidades y limitaciones de esta nueva dimensión epistemológica generalizadora o tendencia *nomotética* de la historiografía más reciente —o de algunos sectores de la misma cuando menos— podría ser objeto de otro trabajo posterior, no previsto en los límites del presente.

En resumen, la reflexión epistemológica de las últimas décadas —que tanto debe a los precursores ya señalados— no ha hecho sino rei-

Fig. 4. GEOHISTORIA CONTRA DETERMINISMO.—El mapa oceanico de la victoria de los portugueses sobre el mar muestra el ocho o doble bucle de los grandes descubrimientos, la doble Volta que lleva a las rutas del Cabo por las costas del Brasil y que trae de regreso de Guinea por las Azores. Un programa secular de descubrimientos, cubierto en sucesivas etapas, permitió a los navegantes portugueses vencer los vientos y las corrientes adversas. En este aspecto Colón sera mas portugués que italiano.

Fuente: F. Braudel, *Civilización material y capitalismo*. Ed. Labor, Barcelona, 1974; pag. 317.



vindicar también para el conocimiento histórico una de las condiciones propias de todo conocimiento científico: la participación necesaria del pensamiento teórico en la construcción del objeto científico mediante la conjunción de experiencia y teoría, la aplicación del concepto a la realidad empírica. ¿Basta este requisito común como criterio válido y único de cientificidad para la historia? Discutirlo tampoco cabe ahora dentro del marco de este trabajo, aunque es tema importante que merece otro estudio posterior en relación con el señalado en el párrafo precedente. Lo cierto es que la epistemología histórica actual no difiere en este punto de la epistemología científica general. «Leo linderos, no medallas», exclamaba Marc Bloch para expresar esta dimensión teórica del historiador. Y Lucien Febvre, por su parte, hacía notar (1933) que el buen historiador no se diferencia en nada del histólogo, quien al aplicar su mirada al ocular del microscopio no se limita a «leer» sus preparaciones, sino que las interpreta en función de sus conocimientos teóricos previamente adquiridos y de hipótesis explicativas previamente pensadas.

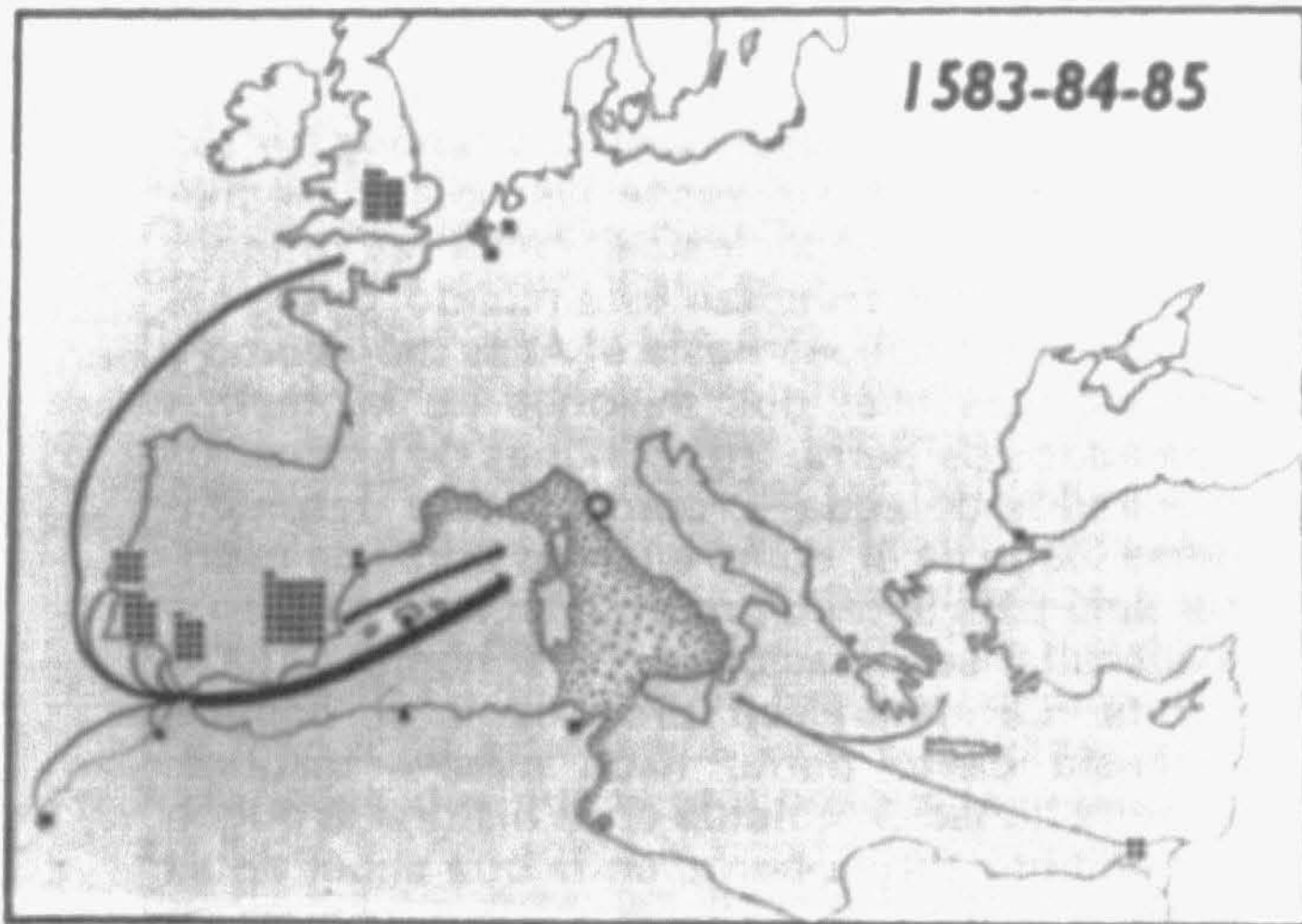
2. Prioridad a las bases estructurales y geohistóricas

Después de la teoría, la práctica enriquecedora de la historia, aunque no desvinculada de aquélla sino siguiéndola muy de cerca. En el principio, la puesta en valor de las posibilidades de explicación subyacentes en las relaciones del hombre con su medio y de la consideración de los cuadros más o menos estables de relaciones establecidas por los hombres entre sí y entre los hombres y las cosas, las que rodean su civilización material y su vida económica. La valoración histórica del papel limitador del medio geográfico y de los marcos estructurales y duraderos de las sociedades fue la gran aportación historiográfica de la famosa tesis de Fernand Braudel (21), defendida en 1947 —redactada de hecho varios años antes— y publicada en 1949 y cuyo menor mérito, hay que decirlo, no es el de haber servido de modelo, al menos parcial, para otras muchas grandes tesis posteriores, de cuadro regional menos inabarcable y, por consecuencia, con posibilidades de agotar un cuestionario más completo que el de la propia obra de Braudel (22). *Geohistoria*, igual a presencia de los factores limitadores del medio; ¿igual, pues, a determinismo geográfico? No, sino dialéctica del hombre y el medio, tensión entre las limitaciones que éste le impone y la lucha de aquél por adaptarse o por modificarlo, dentro del cuadro limitado de posibilidades que le ofrecen suelo y clima (23). La primera parte de la tesis de Braudel es un estudio geográfico del medio mediterráneo —un espacio medite-

rráneo ampliado, cuyo vasto *hinterland* se extiende para el autor desde las riberas mediterráneas y su mundo insular hasta las grandes cordilleras que delimitan este mundo, desde los Balkanes y los Alpes hasta el Atlas mogrebino y todavía más allá: dos millones de kilómetros cuadrados de tierra, tres millones de kilómetros cuadrados de agua—, pero no para desentenderse luego de él, como en otros libros de historia, sino para tenerlo presente en todo momento y auscultar sus relaciones con el hombre que lo habita. La naturaleza propone y el hombre —¡hasta cierto punto nada más!— dispone. Penetra conscientemente en la historia la pugna del hombre con la tierra, en la que aquél no se rinde ante ésta, sino que pacta con ella en un cierto sentido. «El medio geográfico no constriñe irremisiblemente al hombre, ya que precisamente una parte del esfuerzo de éste —una parte muy importante, tal vez la más importante de todas— consiste en desembarazarse de la opresión de la «naturaleza», como el hombre mismo ha solido decir durante tanto tiempo con un sentimiento de respeto mezclado a la vez de gratitud y de terror.» Es así como se convierte ciertos desiertos en verdegales, buscando el agua en las profundidades subterráneas, o se hace hábitat humano de las llanuras secas y desnudas, luchando contra la penuria de madera y de leña que obliga a usar el barro como paramento y el estiércol como combustible. Es así como el hombre, que mantiene durante siglos técnicas de cultivo experimentadas, sabe modificarlas espontáneamente ante la incitación de nuevas necesidades: así el buey desaparece en Castilla, en Orán y en Anatolia —aunque en momentos distintos, según las exigencias del ritmo demográfico— y es sustituido por la mula en las labores del campo, por ser un animal demasiado lento para las exigencias roturadoras de una demografía en expansión. Es así como el hombre de las planicies secas habitúa su metabolismo a un régimen de frugalidad extrema: un poco de pan, ajo o cebolla y algo de leche agria o de queso, como los habitantes de Anatolia. Es así como se resuelve la necesidad de navegar para beneficiarse de las complementariedades mutuas de un mar sembrado de islas y riberas diferentes, pese a los obstáculos de la insufi-

(22) Entre los muchos ejemplos que podrían citarse, recordaré únicamente algunos especialmente importantes: el *Pays Dijonnais*, de Roupnel (1955); el *Beauvaisis*, de Goubert (1960); la *Basse Provence*, de Baehrel (1961); la *Catalogne*, de Vilar (1962); el *Neuburg*, de Plaisse (1965); el *Languedoc*, de Le Roy Ladurie (1966), y buen número de monografías regionales posteriores. Es obvio que las mejores de ellas enriquecen el modelo braudeliano con nuevas dimensiones fundamentales desarrolladas con posterioridad a 1949, y con la incorporación del aporte laborussiano no menos fundamental: la demografía histórica y las técnicas de la historia serial aparecen en el horizonte de 1960 solamente.

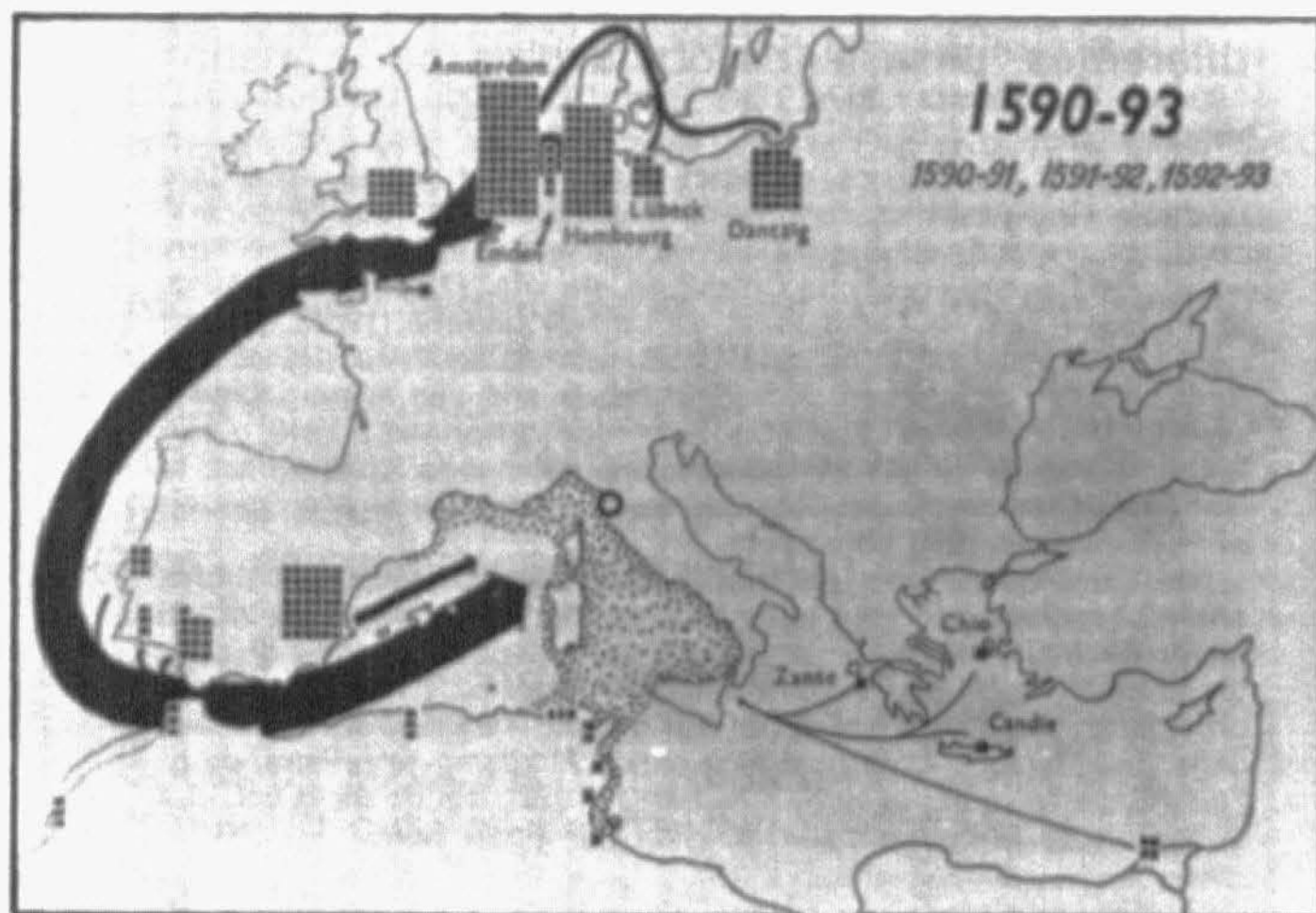
(23) Al *determinismo* geográfico de Federico Ratzel substituye ahora el *posibilismo* geográfico de Vidal de la Blache: en aquél «el miedo hace al hombre»; en éste —en cierto sentido y dentro de ciertos límites— el miedo es una creación histórica y humana. Como precedente de la aplicación del posibilismo vidaliano a la historia, debe recordarse la obra polémica con el *fatalismo* ratzeliano, de L. FEBVRE: *La Terre et l'évolution humaine* (1922), dentro de la col. «La evolución de la humanidad», dirigida por Henri Berr.



Fuente: F. Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, t. I, pag. 571. 2ª ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1976.

Fig. 5. GEOHISTORIA Y COMPLEMENTARIEDAD DE AREAS Y ESTRUCTURAS.—El gráfico de F. Braudel y R. Romano muestra la gran bajada de los navios nórdicos, cargados de granos del Báltico, desde los grandes centros reexportadores de Amsterdam y Hamburgo hasta el gran puerto franco redistribuidor de Liorna. Hasta 1590 la presencia en Liorna de navios procedentes de mas allá del canal de la Mancha es insignificante. La gran crisis agrícola mediterránea de los años 1586-1590 abrió la puerta a la gran bajada de los navios holandeses y hanseáticos. Constantemente agobiado por la debilidad estructural de sus agriculturas, periódicamente atenuado por las contrariedades coyunturales y cíclicas, el Mediterráneo densamente poblado mantendrá esta estructura de dependencia hasta el siglo xviii, con una creciente participación de los navios ingleses. Sal, minerales, materias primas textiles y productos de su agricultura especializada permitirán al mar interior saldar las importaciones del cereal de apoyo.

ciencia de maderamen y de tripulaciones. Es así como nuevos tipos de barcos panzudos y de alto bordo van venciendo poco a poco las limitaciones de la navegación estacional, pagando no obstante muy cara la victoria sobre el mar invernal. A esta tensión cotidiana y eterna —o, al menos, inmemorial— en la que el hombre y su medio se funden estrechamente y en la que la geografía se hace historia vivida, es a la que Braudel bautizó felizmente como *geohistoria* (24).



Más esta base de sustentación de las permanencias sociales no es todavía más que el fundamento en que se apoya el edificio de la nueva historia estructural, dirigida a la determinación de relaciones estables y profundas entre los hombres y las cosas o de los hombres entre sí. La historia estructural o inquisición de las estructuras históricas —por definición estables y que a veces pueden atravesar los siglos— es «una constelación de dominantes solidarias», como en el ejemplo de «estructura de sociedad preindustrial» definida por Labrousse: una forma de vida económica duradera, dominada por el peso aplastante de la agricultura en el conjunto, con unas carencias básicas insalvables a causa de la inseguridad de las cosechas y de la insuficiencia y carestía de los medios de circulación, una doble dependencia de la industria respecto a la agricultura por el juego de la producción de materias primas y por el reflejo de la producción agrícola sobre el consumo industrial y artesano, una débil capacidad de capitalización a causa de estas limitaciones y a causa de la frecuente dedicación suntuaria de la renta, la ausencia casi total de reinversiones en la agricultura, etc. Pero las estructuras históricas atañen igualmente a las mentalidades colectivas, a los hábitos y a los comportamientos humanos, a los modos de sentir y de pensar de los grupos sociales de una época que definen su actitud ante la vida y la muerte, como esa «estructura de la religiosidad barroca» de que ha hablado Chaunu. La segunda parte de la *Méditerranée*, de Braudel, es el gran intento de abarcar una historia integradora de amplios conjuntos sociales dotados de una cierta estabilidad, en los que tengan cabida todas las formas de la vida colectiva, la gran «síntesis» que englobe la totalidad de lo social de una época determinada: las civilizaciones, las mentalidades, las instituciones, las economías, las relaciones (áreas y estructuras) de mercado, las arquitecturas sociales. La pequeña historia del individuo y el acontecimiento cede aquí la primacía a esos lazos de relaciones colectivas y complejas que nos hemos habituado ya a llamar —¿pagando en parte tributo a la moda del estructuralismo coetáneo?— «estructuras históricas». Son, entre otras, las relaciones osmóticas entre civilizaciones fronterizas —y ocasionalmente rivales— como las que conviven —y ocasionalmente se agreden— a una y otra ribera del mar interior, entre las que «los hombres van y vienen, indiferentes no pocas veces a las fronteras de los credos», y en las que las recíprocas complementariedades económicas, las necesidades de la navegación y del comercio, imponen pausas forzadas a las tensiones bélicas o dan lugar a la aparición de una especie de aventureros que mantienen la relación subrepticia en medio de

(24) F. BRAUDEL: *Mediterráneo*, op. cit., t. I, parte 1.ª, pp. 3-317 y especialmente pp. 317-327. Cito por la trad. castellana de la 1.ª ed. de la obra, cf. nota 21.

los azares del corso y de la guerra, o permiten a los judíos de Salónica y de Constantinopla jugar en este ambiente su fundamental papel de civilización puente. Son las estructuras mentales de una piedad barroca inspirada por los jesuitas y por las grandes órdenes monásticas, que muestran en las grandes urbes mediterráneas católicas las exuberancias ornamentales y ostentatorias del espíritu contrarreformista triunfante, cuya magnificencia externa es también una forma de afirmación y de proselitismo combativo. Son las instituciones de las nuevas estructuras políticas urbanas de transición, que marcan el tránsito del Estado urbano mediterráneo medieval al Estado territorial moderno, que se afirma sobre los símbolos de unas antiguas libertades urbanas y los residuos aún respetables de las viejas instituciones, parlamentos y señorías, con los que ocasionalmente se avienen a pactar las grandes monarquías que precisan de sus recursos, de su dinero o de sus servicios. Y, a su lado, los cuadros económicos de las zonas montañosas confinadas, cuyo ideal o necesidad es producirlo todo o casi todo para su subsistencia, y de las llanuras abiertas más propicias a los intercambios entre productos especializados (el arroz, la lana, el vino, el aceite, los ganados de carne), sobre las que se acusa más el efecto dominante de las grandes ciudades industriales (como el famoso cuadrilátero Génova-Milán-Venecia-Florenia). Al lado de las relaciones económicas de gran radio, de una economía-mundo a escala reducida que hace navegar de un extremo al otro del Mediterráneo los productos de primera necesidad (el trigo, la sal, la lana, los cueros, las telas, las especias, el azúcar), se integran también las de corto radio, como el intercambio que los segovianos hacen de sus paños por el vino y el pan que la ciudad necesita y que llevan en sus carretas al mercado semanal del jueves los productores de Medina y de Cebrosos... Y los cuadros sociales, el predominio jerárquico de las aristocracias locales en el regimiento de las ciudades, con o sin participación de los burgueses, incluso en algunas que habían sido antaño típicas ciudades-estado del patriciado urbano, y el aumento de influencia, de riqueza y de poder de la nobleza, vieja y nueva, de ennoblecidos que aumenta numéricamente... (25). Ciudades barrocas y brillantes, ciudades artesanas y manufactureras, ciudades-puerto dueñas del mar y del comercio, ciudad *vedette* en este ámbito mediterráneo... ¿Pero y el mundo de los campesinos que sustenta toda aquella superestructura señorial-burguesa con sus excedentes agrícolas en forma de rentas, con su producción de alimentos y de materias primas, con su relativa animación de las industrias ciudadanas del textil y de la metalurgia? Tampoco este otro cuadro de relaciones fundamentales que se establecen más allá de las puertas de las ciudades puede ser olvidado en una historia de estructuras, antes al contrario, puede afirmarse que merece un inte-

rés prioritario en esta Europa preindustrial por la que aquélla ha debutado (26).

Este resumen, demasiado impresionista tal vez, ha intentado evitar la sequedad de una fría definición de lo que pretende ser la nueva historia estructural nacida por los años cuarenta y de lo que se entiende por estructuras históricas. Con ellas se jerarquiza lo histórico en tres planos de mayor a menor profundidad y estabilidad. En la base, las fuerzas permanentes de lo geohistórico. En el medio, las fuerzas impersonales de la historia colectiva: los cuadros de vida de unas poblaciones rudimentarias que en su mayor parte producen su propio alimento y vestido, la multiplicidad de las economías cerradas mal conectadas con la economía-mundo de los privilegiados; las complementariedades interregionales de las cosechas cerealeras según el azar de las cosechas o según marcos rígidamente establecidos de sentido único; la complementariedad entre los lavaderos de lana castellanos y los talleres florentinos; las emigraciones de mano de obra especializada de las ciudades italianas superpobladas a las ciudades sumidas en el atraso técnico; las emigraciones estacionales o definitivas de los montañeses a la llanura sedienta de mano de obra barata; las relaciones matrimoniales de la nobleza urbana empobrecida con las hijas de los ricos comerciantes burgueses; las perduraciones del viejo feudalismo mediterráneo en el marco de las relaciones señoriales que se imponen a un tiempo sobre los hombres, la propiedad y la renta, etc. Y en la superficie, los acontecimientos, más condicionados de lo que parece por aquellas bases estables y relaciones profundas sobre las que se asienta la historia consciente de los hombres onomásticos, incluso aunque éstos sean el Rey Prudente: la caída del fuerte de Djerba en el verano de 1560 porque el agua de los sitiados se agotó antes que los víveres de los sitiadores; o, al contrario, el fracaso turco ante Malta por la aparición del hambre y la peste entre los sitiadores a causa de la distancia y las dificultades del abastecimiento desde Constantinopla... ¿Una historia que desdeña el aconte-

(25) F. BRAUDEL: *Mediterráneo*, parte 2.ª, t. I, pp. 333-663, y t. II, pp. 10-124.

(26) Esta es la orientación de E. Labrousse, frente a la sostenida para la época, por ejemplo, por F. Mauro, y a la que predomina en la obra de Braudel. En la conclusión revisada de la 2.ª ed. de la *Méditerranéenne*, París, 1966, t. II, p. 517, Braudel reconoce ya el planteamiento labrousiano prácticamente. «La Méditerranéenne du XVI siècle est, par priorité, un univers de paysans, de métayers, de propriétaires fonciers; que les moissons et les récoltes sont la grande affaire, le reste une superstructure, le fruit d'une accumulation, d'un détournement abusif vers les villes. Paysans d'abord, blé d'abord, c'est-à-dire nourriture des hommes, nombre des hommes, c'est la règle silencieuse du destin à cette époque. A court terme, à long terme, la vie agricole commande.» Un retoque en el mismo sentido dentro de esta 2.ª ed. (t. I, pp. 383-422) se introduce en el «modelo» de la economía mediterránea, en el que la atención se centra ya más sobre las necesidades y las posibilidades de la producción cerealera autóctona, menos sobre el aporte, brillante desde el punto de vista de la movilización del tráfico marítimo, menos significativo desde el punto de vista de su alcance proporcional en la alimentación de las masas humanas, del gran comercio marítimo e internacional de cereales.

cimiento? No, sino que lo derroca del podium en que abusivamente se había instalado y que lo integra en su contexto de relaciones estructurales y en toda la dependencia de sus limitaciones profundas. Así, por ejemplo, la guerra y la piratería tienen que detenerse necesariamente durante el largo invierno, cuando el mal tiempo impone una tregua obligada a las escuadras de galeras. Si falla la cosecha de trigo, la gran guerra de las escuadras se paralizará igualmente en la primavera próxima por falta de bastimentos. El mayor cuidado de los virreyes de Sicilia y Nápoles ha de ser que el Rey Prudente esté puntualmente informado sobre las existencias del precioso grano del que dependen las expediciones previstas. «No había día en que, sobre su mesa cargada de papeles, Felipe no encontrara algún documento relacionado con el trigo... El trigo era visita diaria en El Escorial.» Si falla la cosecha de cebada en los confines de Hungría puede asegurarse igualmente que el Gran Turco no emprenderá su campaña por falta de piensos para la caballería de sus *spahis* (27). Repitámoslo, no son el acontecimiento y el individuo —a lo menos relevantes— lo que sobra, sino la polvareda de los sucesos superfluos e inexpresivos y, sobre todo, de los acontecimientos que ignoran su vinculación profunda a esos condicionantes limitadores que actúan por debajo del puro azar o de los factores personales de decisión. Lo que se repudia es el tratamiento irreflexivo de los hechos aislados para sustituirlo por «el estudio de los mecanismos que vinculan los acontecimientos a la dinámica de las estructuras» (28). Más adelante volveremos sobre esta noción.

Así se precisa el concepto y el método de la nueva historia estructural o, al menos, se le marca un camino a seguir. Sería un error atribuirle toda únicamente a la gran tesis de Braudel. Desde 1949 acá, la historia estructural indudablemente ha profundizado en el doble plano práctico y teórico: en el primero, gracias a las innumerables tesis e investigaciones monográficas de alcance regional, algunas de ellas montadas sobre cuestionarios y programas más metódicos y sistemáticos, a cambio de una drástica limitación de su horizonte espacial (¿no se aprecia una diferencia en este sentido entre la *Méditerranée* de 1949 y la *Catalogne* de 1962?); en el segundo, gracias a la aplicación y asimilación progresiva de conceptos teóricos procedentes de otras ciencias sociales (como, por ejemplo, el método de los «modelos», del que por cierto el propio Braudel sería años más tarde un propagandista). ¿Pudo influir también desde los años sesenta la reflexión consciente sobre el método *estructuralista* tan seguido en Francia? Como un apoyo de flanco, probablemente sí; mas sin olvidar que la investigación histórica venía aplicando ya su propio método de análisis estructural «avant la lettre», al menos con una década de anterioridad (29).

3. Ampliación del concepto de hecho histórico y de tiempo histórico

¿Cómo una historia amplia de los sistemas de civilización podría conformarse con aquella pobre idea de hecho histórico heredada del positivismo decimonónico, del tipo «Juan sin Tierra pasó por aquí»? Una traslación del centro de gravedad histórico a las relaciones hombre-medio y a los amplios marcos estructurales estables exigía la consiguiente ampliación de los conceptos de hecho histórico y de tiempo histórico. La ampliación del concepto de hecho histórico se verifica en un doble sentido, material y formal: material, al rebasar los limitados cuadros de la historia tradicional, en dirección a lo cotidiano, lo colectivo, lo material, las mentalidades, las civilizaciones... (30); formal, al completar el acontecimiento aislado y singular por el hecho típico y de repetición, sustituyendo el dato aislado por la serie homogénea (31). Una historia global de los sistemas de civilización coloniza territorios más amplios que los de la historia intelectual y política de corte clásico e incluso que los de la historia social y económica de épocas precedentes. Por debajo de estas áreas, a las que naturalmente abarca, engloba todavía una historia más elemental —en el sentido de previa— de la civilización material, «hecha de rutinas, de herencias, de logros muy antiguos», y una historia del utillaje mental de las colectividades, formada por «los usos repetidos, los procedimientos empíricos, las muy viejas recetas, las soluciones venidas de la noche de los tiempos», unos sistemas de vida tradicional y casi inmutable —a lo menos para el ritmo de las vidas humanas— como un «plano cero de la historia». En esta apertura esencial a lo colectivo cotidiano caben lo mismo las formas del poblamiento y de la explotación agrícola como la función de los mercados o el desarrollo urbano y el crecimiento de las ciudades; los alimentos y bebidas y los hábitos culinarios, como la geografía del vestido y de los textiles o las metamorfosis de la moda vestimentaria como instrumento de diferenciación social; la simplicidad de los interiores domésticos campesinos como el lujo de los mobiliarios exóticos en las

(27) BRAUDEL: *Mediterráneo*, parte 3.ª, t. II, pp. 128-550.

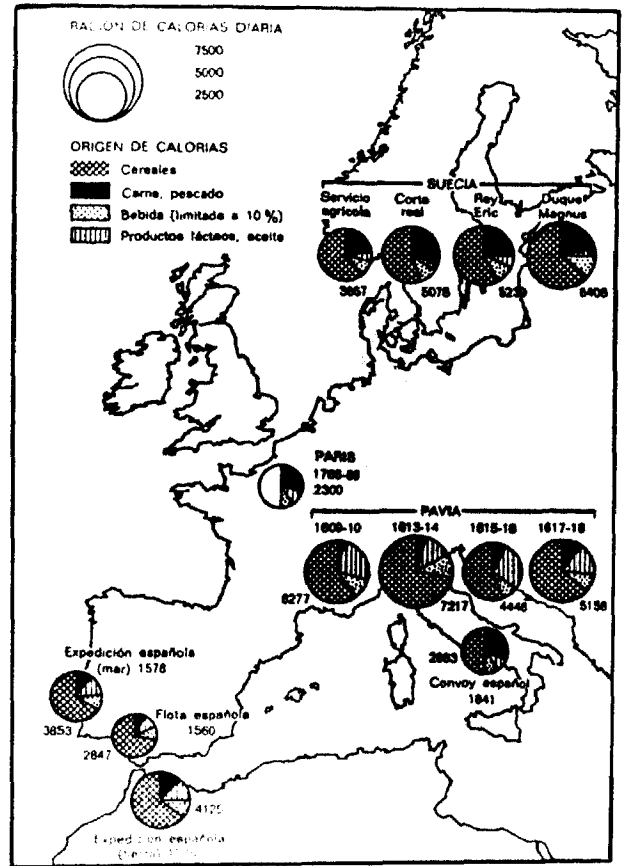
(28) La cita procede de P. VILAR: «Historia general e Historia económica», *Moneda y Crédito*, 108, Madrid, 1969.

(29) Sobre este punto, vid. la discusión de E. Labrousse, A. Soboul y otros en el volumen *Las estructuras y los hombres*, Barcelona, Ariel, 1969. Como ambos recuerdan allí, para el historiador de la época moderna «no hay duda de que los estudios de estructura (histórica) son anteriores al movimiento estructuralista». ¿Puede pensarse en una influencia implícita de éste? Este es probable en su desarrollo posterior; poco admisible en su arranque, si se tiene en cuenta que la tesis de Braudel se publica en el mismo año que la tesis de Levi-Strauss sobre *Les structures élémentaires de la parenté*; había sido defendida dos años antes, y Braudel había iniciado su redacción durante los años de la guerra.

(30) Ver la obra pionera de F. BRAUDEL: *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974.

(31) F. FURET: «Histoire quantitative et fait historique», *Annales*, XXVI, 1, 1971.

mansiones de los ricos; la evolución y las sustituciones de cultivos como la de los procedimientos metalúrgicos; la evolución en los instrumentos aratorios como en los sistemas de transporte rutero; el flujo y reflujo del número de los hombres como los desplazamientos de las grandes migraciones nómadas o de los aportes entre áreas contiguas; la evolución de las «técnicas» tanto en los sectores avanzados de la industria naval o artillera como en los estancados de los útiles del cultivador y del pescador... (32). El territorio del historiador ensanchó prodigiosamente sus fronteras, como pueden demostrar algunos ejemplos concretos de historiadores que cabalgan en la dirección braudeliana: extiende su *border* hasta la «civilización rural» y las normas que rigen el matrimonio campesino; hasta la cartografía regional de los oficios según los registros de la conscripción militar y hasta la distribución regional de la talla y de los rasgos físico-anropológicos de los reclutas; al cómputo de la natalidad como a la difusión de los «funestos secretos» anticonceptivos, o a la historia de la lluvia y de los veranos ardientes y de su influencia sobre las cosechas y sobre la calidad de los vinos, etc. (33). Y todavía a las formas de agrupamiento social en las ciudades provinciales de la industria textil (34); a las transformaciones de los cultivos y del equilibrio alimentario que acompañan a las ondas de auge y retroceso de la población (35); a la patología médica retrospectiva y a la difusión territorial de las grandes plagas epidémicas (36); a la bromatología retrospectiva para estudiar y analizar la nutrición en los diferentes niveles del pasado (37), o para medir la evolución del poder adquisitivo del salario reflejado en la «cesta de la compra» de los trabajadores (38), etc. Por supuesto, esta sustancial ampliación del objeto material de la historia no atañe únicamente a los aspectos de la vida material, sino también a los referidos a la historia de las mentalidades sociales y de la cultura popular o escrita, a las actitudes vitales y a los progresos de la alfabetización rural (39); a la cultura de una época vista a través de su publi-



Fuente: F. Braudel, *Civilización material y capitalismo*. Ed. Labor, Barcelona, 1974; pag. 105.

Fig. 6. AMPLIACION MATERIAL DEL HECHO HISTORICO. —Entre los muchos campos novedosos de la investigación histórica reciente, llama la atención por la precisión de sus métodos y por el interés de sus resultados comparativos la reciente historia del consumo alimentario, entendida desde un punto de vista cuantitativo y bromatológico. Qué se comía en los diversos niveles sociales, pero sobre todo cuanto y cómo se comía: el estudio de la alimentación contemplada desde el punto de vista de la suficiencia, armonía y equilibrio de la dieta en cada muestra documentada. El mapa (conjunto de muestras reunidas en un artículo de F. Spooner, *Annales*, n. 3, 1961) nos ofrece tres niveles alimentarios desde el punto de vista de la suficiencia o volumen energético de la dieta: el deficitario, por debajo de las 2.400 calorías medias, como en el *Paris de Lavoisier*; el intermedio o normal, en torno a las 3.000 calorías medias, como en las diversas expediciones militares españolas del siglo x; y el ampliamente excedentario de las colectividades privilegiadas, como en los palacios suecos o en el Colegio Borromeo de Pavia. Desde el punto de vista de su composición, la dieta nórdica, rica y equilibrada, con una adecuada participación de calorías ricas y de proteínas de origen animal, contrasta con las inarmónicas dietas mediterráneas, con exceso de glúcidos y de lípidos de origen vegetal.

(32) BRAUDEL: *Civilización*, op. cit. P. JEANNIN: «Une histoire planétaire de la civilisation matérielle», *Annales*, XXVII, 1, 1972, 71-79.

(33) E. LE ROY LADURIE: *Le territoire de l'historien*, Paris, Gallimard, 1973.

(34) P. GOUBERT: *Cent mille provinciaux au XVII siècle*, Paris, Flammarion, 1968.

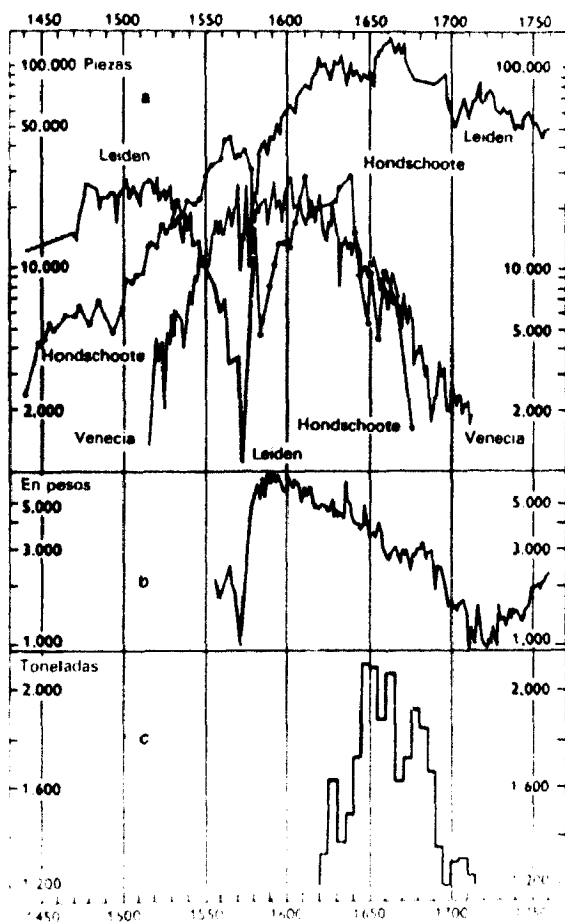
(35) E. LE ROY LADURIE: *Paysans de Languedoc*, Paris, Flammarion, 1969.

(36) J. P. DESAIVE, J.-P. GOUBERT, et alii: *Médecins, climat et épidémies à la fin du XVIII siècle*, Paris, Mouton, 1972.

(37) A. EIRAS ROEL: «La historia cuantitativa del consumo alimentario: estado actual de las investigaciones», *Hispania*, 126, 1974, 105-148. Como un ejemplo concreto de los resumidos en el trabajo anterior, cf. A. EIRAS ROEL y M. J. ENRIQUE, MORALES: «La consommation alimentaire d'Ancien Régime: Les Collèges de Saint-Jacques de Compostelle», *Annales*, XXX, 1975, 454-464.

(38) A. EIRAS ROEL: «La degradación del salario real de los trabajadores urbanos en Santiago de Compostela a finales del Antiguo Régimen», *Cahiers de la Méditerranée*, núm. 3, Université de Nice, 17-58.

(39) Cf. notas 33 y 35.



Fuente: Historia del mundo moderno, t. IV, pag. 63. Ed. Sopena, Barcelona, 1974.

Fig. 7. AMPLIACION DEL CONCEPTO DE TIEMPO HISTORICO.—La observación de la realidad histórica en su larga duración secular o plurisecular, naturalmente en función de fenómenos siempre homogéneos y comparables entre sí, permite la integración necesaria de la observación coyuntural. El concepto de coyuntura histórica, particularmente importante en el campo económico, es otra aportación fabroussiana fuertemente incardinada en la historiografía actual. Las curvas solidarias de la evolución textil (A) en Leiden (según N. W. Posthumus), en Hondschoote (según E. Coornaert) y en Venecia (según D. Sella) muestran unanimemente la realidad y la gravedad de la crisis general europea del siglo xv, que todavía ratifican curvas analogas de Beauvais (según P. Goubert), de Amiens (según P. Deyon) o de Lille (según Lottin). Conviene advertir que las curvas de Leiden y de Hondschoote son hasta cierto punto complementarias, por emigrar de una a otra ciudad los telares según el curso de la guerra de los Países Bajos. La crisis del siglo xv se anticipa al 1600 en la coyuntura mediterránea (Venecia), íntimamente ligada a la producción de plata peruana (B) en Potosi (según M. Moreyra y Paz-Soldan). Se retrasa hasta 1650 en la coyuntura nordatlántica (Leiden), mejor reflejada en las medias quinquenales (C) de la producción de cobre sueco (según F. R. Tegengren).

cística impresa (40); a la sociología electoral y política y a la proveniencia social de los cuadros dirigentes de los regímenes políticos (41); a la composición sociológica de los medios cultos que reciben y propagan la cultura de una época de transformación, como las academias provinciales de la época de la Ilustración (42); a los progresos de la descristianización en el siglo de las Luces, ya sea contemplada en la temática de las publicaciones literarias de la época (43), ya sea vista a través de la elección de sepultura y del alejamiento de los lugares sagrados y de los santos intercesores (44), ya sea estudiada a través de la actitud ante la muerte que revelan los testamentos (45).

Pero, aun siendo fundamental esta expansión del campo de interés de lo histórico en su dimensión de objeto material, no lo es menos la que se opera en el sentido de su *objeto formal*, ya implícita en la mayoría de los ejemplos aducidos. La superación del hecho aislado por el fenómeno típico y de repetición, con todas las inmensas posibilidades de observación empírica y de tratamiento científico (estadístico) que ello comporta: éste es uno de los matices que mejor diferencian a la historia de nuestro tiempo y que se refleja en un detalle significativo de los hábitos de trabajo del historiador, como es la simple sustitución —o, más bien, complementación— de la historia elaborada sobre fichas por la historia elaborada sobre estadillos. Más aún que su limitación a lo individual y lo político, lo que caracteriza a la historia tradicional es su dedicación al episodio aislado; la historia episódica es la del dato singular y único (aunque reúna muchos de éstos); la historia estructural —o estructural-coyuntural, para ser más exactos— es la del hecho típico que se repite en el espacio y en el tiempo y que se repite a veces con una frecuencia dada, como la fijación anual de los precios de los granos por las autoridades urbanas para el pago de las rentas, o como las «obligas» anuales de los asentistas para el suministro de carne a las ciudades o como los arriendos anuales de los diezmos por las autoridades eclesiásticas, etc. Este tipo de hechos es el que permite estudios comparativos diacrónico-espaciales sobre aspectos tan fundamentales de la vida histórica como la evolución demográfica en función de sus determinantes esenciales (natalidad, mortalidad, etc.), la evolución de los precios y salarios, el estudio de la producción agrícola a través de los diez-

(40) H. MARTIN: *Livre, pouvoir et société à Paris au XVII^e siècle*. Geneve, Droz, 1969, 2 vols.

(41) G. CHAUSSINAND-NOGARET: «Les Notables du Grand Empire», *Annales*, 26, 5, 1971, 1052-1076.

(42) D. ROCHE: *Milieux académiques provinciaux et société des Lumières*, Paris, Mouton, 1965.

(43) F. FURET: *Livre et Société dans la France du XVIII^e Siècle*, Paris, Mouton, 1965, 2 vols.

(44) F. LEBRUN: *Les hommes et la mort en Anjou*, Paris, Mouton, 1971.

(45) M. VOVELLE: *Piété baroque et déchristianisation*, Paris, Plon, 1972.

mos o el de la producción industrial a través de impuestos específicos como el francés de los *plomos* equivalente al catalán de la *bolla*, o del ritmo de los intercambios comerciales a través de otros indicadores idóneos como los registros de navíos o como la *lezda* y el *périage* catalanes, o de los intercambios comarcales a través de *pontazgos* y *barcages*; o bien el estudio de la propiedad a través de catastros y protocolos notariales o el de las estructuras del endeudamiento campesino y de las formas de crédito popular, etcétera (46).

Por último, y todavía, algo que no es lo menos importante del aporte braudeliano: la ampliación del concepto de tiempo histórico. Rebasar la política y el acontecimiento implica rebasar el tiempo efímero de los sucesos, la corta duración de la historia política y tradicional, tiempo no a la medida del hombre sino del individuo, «el tiempo por excelencia del cronista, del periodista». El tiempo de la historia de estructuras —materiales, mentales, sociales, de las civilizaciones— es por esencia la larga duración. Por debajo del tiempo corto de la crónica política —y aún de los ciclos de la vida económica, que tampoco pueden ser dejados al margen— hay todavía el tiempo largo de las estructuras históricas y aun el larguísimo término que es el tiempo «casi inmóvil» de la geohistoria. Braudel ha establecido una división de la historia «por pisos» que conlleva otros tantos ritmos de desigual movimiento histórico y en los que de abajo arriba se perciben las desiguales vibraciones de un tiempo geográfico, un tiempo social, un tiempo individual (47). Obviamente la historia estructural privilegia la larga duración. Es una de las notas que tiene en común con el estructuralismo científico-filosófico, con la diferencia fundamental, no obstante, de que las estructuras históricas se pretenden estables y duraderas, pero no inmóviles ni eternas. Materiales o mentales, las estructuras históricas se perciben a través de las generaciones, a veces a través de los siglos; atraviesan las centurias, pero no siempre impávidas ni incólumes; se ven afectadas por los cambios, que a veces las refuerzan, a veces las debilitan y a veces incluso las destruyen, como en esa fase de «desestructuración» de la piedad barroca en vísperas de la Revolución, que han estudiado F. Lebrun y M. Vovelle. Sí, las estructuras son estables, pero no eternas (48).

Acontecimiento, coyuntura, estructura: corta duración, media duración, larga duración. No se puede olvidar ese otro momento necesario —el tiempo económico, la coyuntura—, ese otro ritmo fundamental que en la obra de Braudel no aparece claramente integrado y sin el cual no acabaría de cobrar sentido el problema de la traslación de las estructuras en el tiempo, el de su consolidación y de su desintegración y muerte (49). El movimiento coyuntural conmueve —y ocasionalmente cuarteja preparándolas para su

próximo derribo— las tramas simbióticas profundas de lo colectivo estructural: las fases de auge confirman y mantienen los cuadros de fuerzas establecidos, en tanto que las fases de depresión los reorientan en busca de nuevos equilibrios. En casos normales, estos movimientos en profundidad se comportan como movimientos pendulares que vuelven las estructuras a su sitio y las encajan tal vez más sólidamente; en casos extremos pueden producir fracturas profundas que preludien una ruptura estructural, un cambio de estructura.

En múltiples ocasiones, Pierre Chaunu ha hecho justicia a la fundamental aportación de Labrousse y sus discípulos a la tarea de elaboración de un nuevo concepto de tiempo histórico, con su historia coyuntural de los *ciclos* y de los *trends* que se proyecta en vertical diacrónica sobre la horizontalidad sincrónica de las continuidades y las permanencias propias de la historia estructural en el sentido braudeliano (50). Por eso resultaría incompleta una historia estructural fija únicamente en los fenómenos de larga duración, que dentro de ellos no prestase consideración al cambio. Como ha definido Pierre Vilar en una fórmula aceptable, «la historia es el estudio de los mecanismos que vinculan los acontecimientos a la dinámica de las estructuras» (51). El ideal de la historia es la contemplación de todos los fenómenos humanos y sociales en una visión globalizadora que integre el triple plano acaencial-coyuntural-estructural (52).

¿Vinculación a la *dinámica* de las estructuras? Labrousse ha explicado insuperablemente esa vinculación a través del movimiento coyuntural: sin perjuicio de que la estructura de las sociedades sea la verdadera «causa profunda» de las tensiones sociales, es la coyuntura —la «culminación coyuntural» de esas tensiones— el momento en que mejor se explica el paso al

(46) Como una muestra colectiva de lo realizado en España en estos campos citaré los trabajos de las *Jornadas de Metodología Histórica Aplicada*. Santiago de Compostela, 1973 (especialmente el vol. III, *Historia Moderna*). V. id. ya publicados: vol. I, *Prehistoria e Historia Antigua*; vol. II, *Historia Medieval*; vol. III, *Historia Moderna*; vol. IV, *Historia Contemporánea*; Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Santiago, 1975. (En prensa, vol. V y último, *Paleografía y Archivística*.)

(47) F. BRAUDEL: «La larga duración» (1958), en *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, 1968.

(48) «La historia es el punto de vista dinámico para la consideración de las estructuras.» E. LABROUSSE, op. cit. nota 29. En unas páginas insuperables de este mismo volumen (pp. 145-148), fruto de una de sus brillantes intervenciones orales, Labrousse explica magistralmente el distinto ritmo de los movimientos que conmueven a las diferentes capas de la realidad histórica.

(49) Esto es sólo válido para la ed. de la *Méditerranée* en 1949. En su 2.ª ed. de 1966, II, pp. 213-225, Braudel incluye un capítulo fundamental destinado a remediar esta carencia, en el que se reconoce que la dimensión coyuntural «es una de las explicaciones necesarias». Ya antes (1958) había reconocido la complementariedad dialéctica del binomio estructura-coyuntura, op. cit. nota 47, pp. 68-70.

(50) Aparte otros trabajos anteriores, en su reciente estudio preliminar al volumen colectivo *Conjoncture économique, structures sociales. Hommage à Ernest Labrousse*, Paris, Mouton, 1974; pp. 21-35.

(51) Cf. nota 28.

(52) F. MAURO: *Des produits et des hommes*, Paris, Mouton, 1972, pág. 11.

acontecimiento decisivo, el que frecuentemente sirve para dar el empujón que derriba una estructura cuarteada, gastada por el tiempo y por la presión interna de nuevas fuerzas nacientes, conmovida por las oscilaciones violentas de algunos movimientos coyunturales extremos.

Nada mejor que ejemplificarlo con el estudio clásico labrousiano del malestar prerrevolucionario que culmina en el verano de 1789, en el que saltan al exterior las tensiones estructurales ocultas de la Sociedad de Antiguo Régimen. El acontecimiento de 1789 viene detrás de la culminación cíclica y de la culminación estacional de los precios agrícolas, los que periódicamente llevan el hambre y el malestar a la casa del modesto artesano y del pequeño cultivador-comprador, de las masas populares en suma. El acontecimiento —el hundimiento de 1789— no puede comprenderse aisladamente de la coyuntura en que se inserta: el largo período de malestar prerrevolucionario que le precede desde 1788, en el momento de la crisis cíclica, y todo el interciclo de los diez años precedentes, en que la recesión económica ha producido la paulatina disminución de la producción y del beneficio acompañada lógicamente del incremento del paro. Así es el movimiento coyuntural de todo un interciclo de depresión el que explica la aparente paradoja de que en un «siglo de prosperidad», como fue en su conjunto el XVIII francés, la Revolución francesa se produzca a corto y medio plazo como una «revolución de la miseria». La recesión económica del interciclo prerrevolucionario (1778-1787), seguida de la crisis revolucionaria de 1787-1791, han preparado el clima de la Revolución por el complejo mecanismo de la depresión coyuntural seguida de la crisis cíclica de tipo antiguo o labrousiano: hundimiento de los ingresos del pequeño cultivador-comprador, disminución del poder de compra de las masas campesinas, de rechazo hundimiento de los ingresos del artesano urbano y del beneficio del empresario industrial a causa del descenso de la capacidad de consumo, hundimiento del salario y aumento del paro a causa del descenso de la producción textil que delatan las estadísticas de los *plomos*, desempleo o subempleo en el mismo momento en que el precio del pan se duplica o se triplica (53). No es éste el único ejemplo en que el acontecimiento —el gran acontecimiento de auténtica relevancia histórica— se explica históricamente por su vinculación a la coyuntura. El propio Labrousse ha mostrado la explicación coyuntural de otras dos fechas revolucionarias de la historia de Francia —1830, 1848— que son igualmente «revoluciones de carácter endógeno, predominantemente sociales». Las jornadas de julio de 1830 van precedidas de cerca por la crisis de 1827-29, en la que aparece como novedad la mala cosecha de patata, ahora ya elemento considerable del consumo popular, y que culmina con las malas cosechas de granos

de 1828-30, con idénticos efectos sobre la producción industrial, el beneficio y el salario, que traen el paro mientras el precio del pan aumenta un 50 por 100. Las jornadas revolucionarias de febrero de 1848 van igualmente precedidas por la crisis de 1845-47, también común al cereal y a la patata, y con idénticas consecuencias salariales e industriales que ahora —en el momento de cruce de la crisis de tipo antiguo y de tipo moderno— se extiende también como novedad al ramo de la metalurgia. ¿Posibilita o no la historia coyuntural esa deseable integración del acontecimiento en la estructura? (54). Este otro tiempo coyuntural, tiempo económico, tiempo de media duración que se interpone entre el vértigo fugaz de los acontecimientos y el ritmo lento y secular de las estructuras es el mismo que ha permitido a otros historiadores posteriores (E. J. Hamilton, P. Chaunu, F. Mauro, P. Goubert, P. Vilar, H. Van der Wee, R. Romano, F. Spooner, F. Ruiz Martín, etc.) analizar y comprender los cambios de los tiempos, las mutaciones de prosperidad y de flaqueza dentro de una misma estructura social y económica prevaleciente, como los que en España y en casi toda Europa traen la *decadencia* de la primera mitad del XVII tras la prosperidad casi general del XVI español y europeo (55).

No son éstas las únicas transformaciones esenciales que la ciencia histórica ha experimentado en este último cuarto de siglo. Al lado de las tres fundamentales que he tratado de analizar, hay otras que por sí mismas merecerían otro estudio detenido: sentido vital y conciencia del presente; afirmación de la tendencia nomotética; integración de la historia en las ciencias sociales o, más bien, viceversa; revolución metodológica, en particular cuantitativa. Pero, bien mirado, es posible que éstas hayan tenido o estén llamadas a tener una trascendencia menor que los cambios considerados aquí, más decisivos y operantes por estar en la base de todos los demás. Ellos son el logro fundamental de los cuatro grandes creadores —historiadores siempre y nada más que eso— que más han contribuido a la transformación reciente de nuestra disciplina: Marc Bloch, Lucien Febvre, Ernest Labrousse, Fernand Braudel. ¿No nos merecen que les dediquemos estas cuartillas como un homenaje de nosotros, historiadores?

(53) E. LABROUSSE. OP. CIT. Crise.

(54) E. LABROUSSE: «1848-1830-1789. Comment naissent les Révolutions»; Paris, 1948. Recogido en vol. cit. *Fluctuaciones económicas*, Tecnos, 1962.

(55) Cf. un intento de síntesis y una recopilación de los especialistas a quienes se debe el análisis, en mi introducción al t. IV de la *Historia del Mundo Moderno*, Barcelona, Sopena, 1974, pp. V-LI.